

mo el de toda mexicana, de elevado empeine y sin media, como lo lleva toda la gente baja del país, iba calzado de un zapato de raso verde de cuatro puntos, en cuya punta y talon ostentaban una flor de oro bordada primorosamente.

—No te ha oído; está muy *ensemismada* oyendo los *cánticos*.

Advirtió á D. Encarnacion su camarada. Entonces se acercó á aquel con disimulo, y le dijo:

—Es vd. la mas *chula* (1) de *todititas* las hijas de Eva, mi alma.

—¿De veras? Dele vd. *parte á Noya*.

Contestó con el mayor desden la *china*.

—Le daré parte á mi corazoncito, mi cielo, que se abrasa por vd.

—Llamarada de petate.

—No es llamarada de petate, sino *rete-mucho* amor que la tengo.

La jóven le miró de arriba abajo.

—¡Ah!... qué ojos tan *zaragates!* (2) Pe-

(1) Graciosa.

(2) Picarillos, seductores.

ro sobre todo, lo que me cautiva es ese bocito seductor.

—¿Y no le cuadra el mio?

Dijo poniéndose entre la jóven y D. Encarnacion, un hombre envuelto en un rico *forongo*, que habia estado detras oyendo la conversacion. El compadre de Pedro, conoció la situacion comprometida en que se encontraba, pero no quiso retroceder un paso, y contestó con la mayor sangre fria.

—Es muy erizo y ráspa: me *cuadra* mas el de ella.

—¿Y qué, no sabe vd. que esa mujer tiene dueño, y que ese dueño soy yo?

—¿Por qué no le pone vd. un *réculo* que lo diga?

—¿Es vd. hombre?

Repuso el embozado en voz baja, y echando fuego por los ojos.

—Lo soy, y *puritito*: lo digo quedito y reacio; aquí, y donde *quera*, y el que no lo crea que se *rife*. (1)

[1] Que salga conmigo, que esponga su vida.

—Pues *sdquese* (1) y *cayetano* la *botella* (2).

—*Haiga* paz, señores.

Agregaron varios amigos de uno y otro, conteniéndolos.

—Vamos, compadre—dijo Pedro—¿hemos venido á divertirnos ó á reñir?

Los mediadores introdujeron la calma; hicieron beber un trago de pulque á ambos, y los dejaron reconciliados.

—Que toquen el *Perico*—gritó un amigo del embozado—y que lo baile D. Encarnacion con la mujer de mi camarada.

—Bravo.... sí.... que lo baile.

—Con la *venia*.

Dijo el compadre de Pedro, dirijiéndose al marido de la jóven, y sacando á bailar á ésta.

Entonces los músicos, deseosos de complacer á todos, tocaron la alegre sonata popular del *Perico*.

(1) Salga vd.

(2) Y no gritemos.

Señora, su periquito (1)

Me quiere llevar al rio,

Y yo le digo que no,

Porque me muero de frio.

Pica, pica, pica Perico,

Pica, pica, pica la rama,

Pica, pica, pica tu pico,

Pica, pica, pica tu *nana*.

Pero ya hemos llegado á Santa-Anita, á ese pueblo de indios, que al través de los árboles y abundantes enramadas, deja ver sus humildes chozas, como otros tantos nidos en medio de las fragantes flores de una deliciosa floresta; y tal es el gentío, que dudo podamos desembarcar.

Ya estamos en tierra, y lo primero que las indias nos ofrecen son coronas de rojas amapolas. Obsérvase por todas partes un número incalculable de personas: no hay un solo punto que no esté cubierto de columpios, donde se mecen hombres y mujeres, coronadas éstas con guirnaldas de flo-

[1] Alude á un pájaro semejante al loro, aunque mas pequeño, que abunda mucho en México.

res compradas á los indios. Aquí se baila: allá se merienda: acullá se riñe; en otro *jacal* se canta, y en todas partes se grita. No parece sino que, en esta pequeña poblacion edificada por los indios al borde de las apacibles ondas de un pintoresco lago, meciéndose en las aguas como un blanco cisne sobre la límpida superficie de una anchurosa laguna, se han propuesto resucitar los modernos, alegres y festivos mexicanos, el perdido Eden de nuestro primeros padres. Cada choza de indio, hecha de adobe y techada de cañas entrelazadas con enramada, separada á considerable distancia de las demas, cercada de varios árboles y provista á pocos pasos de solicitados columpios, se convierte en un oasis, donde los hombres olvidan el desierto de la vida que atraviesan.

—¿Quieres, Juana, que demos una vuelta por las chinampas antes de marcharnos?

Dijo á una jóven la anciana que hemos visto al principio de este capítulo.

—Sí, madre; es mejor que cojamos algunas flores y en seguida nos marchemos. No quiero volverme á encontrar con los hom-

bres de antes, ni verme precisada, como me ví, á hablarles en su mismo lenguaje.

Y se acercaron hácia la orilla del pueblecillo.

—¿Queren sus mercedes ir á las *chinampas*? (1)

Les dijo un indio que salió de su choza, dejando en la hamaca, objeto que no falta en ninguna habitacion de indio, á su hijo pequenuelo.

—Sí, atraca tu canoa, José (2).

—Está muy bien: entren sus mercedes.

Y la canoa se desliza por entre el laberinto de calles de agua que cruzan entre mas de trescientas *chinampas* ó jardines flotantes que engalanan á Santa-Anita y que he tenido el gusto de contar. ¡Qué vista tan deliciosa forma aquel risueño paisaje! Cada jardin flotante es una encantada isla, cuyas floríferas orillas acarician sin cesar las

(1) Palabra adulterada que viene de las voces mexicanas *tlali ompaatl*, que significa *tierra en el agua*.

(2) Este nombre dan los de las ciudades al indio, y por él entienden aunque así no se llamen, lo mismo que las indias por el de *María*.

mansas linfas de los multiplicados y estrechos canales, sobre cuyo límpido cristal se deslizan rápidamente las ligeras y poéticas chalupas de los indios.

—Mucho tiempo hacia—dijo Juana—que no disfrutaba de este delicioso paseo de las *Chinampas*.

—Pero disfrutabas—contestó la anciana—de la hermosa vista de la laguna de Chapala, que, según me has dicho, es muy grande.

—¡Fué tan poco lo que estuvimos! A mi amo D. Fernando se le antojó marchar á *tierra caliente*, y allí, como le escribí á vd., estaba desesperada; y si no hubiera sido por la ley que le tengo á la señorita Luisa, no estoy entre aquellos pintos ni dos días.

—Pero bien te han recompensado tus pasados trabajos, porque desde que viven en México estás en grande, te miran mas como á una amiga, que como á una criada.

—¡Como que son tan felices con su hijo Juanito, que está ya hecho un gallardo muchacho....

—¿Les hago unos ramos á sus *mercedes*?....

Les preguntó el indio, deteniendo la canoa á la orilla de una chinampa cubierta de claveles, rosas y encendidas amapolas.

—Sí, José.

Contestó la anciana.

Y el indio penetró en una de aquellas isletas ó nadantes pensiles, llenas de verdura y de flores que constituyen la principal riqueza del sencillo habitante de aquellos pueblecillos que se extienden á la orilla del canal. Cortó en un instante los claveles mas hermosos, los mezcló con algunas rosas y amapolas, introdujo algunas hojas de olorosas plantas, las ató con una yerba aromática, y formando de todo un precioso ramo, volvió á entrar en la canoa, diciendo:

—Aquí están ya las flores: ténganlas sus *mercedes*.

—Bien, José.

—¿No quieren sus *mercedes* dar otra *guilletecita* por las chinampas?

—No, José: queremos marcharnos ya.

—Está bien.

Y el indio condujo la canoa por entre aquel laberinto de encantadores huertos, que cual otros tantos ramilletes colocados en un inmenso estanque, descansan entre las leves ondas que riza el perfumado zéfiro.

—Mucho dinero—dijo la anciana al indio—deberás ganar con tu chinampa, porque es grande.

—Como todas: no tiene mas de cien varas de largo y ocho de ancho.

—¿Y tienes muchas?

—Algunas.

—¿Cuánto es lo que venden estos pueblecitos de solo flores?

—Venderán, con las que llevamos á México, como doce mil pesos al año.

—Bastante es.

La canoa llegó en aquel momento á la orilla de la casa del indio.

—¿Queren sus mercedes merendar?

—¿Hay tamales?

—Y muy buenos: hay cernidos y de los otros. ¿De cuales queren sus mercedes?

—De los cernidos.

—¿Los traigo á aquí, ó queren entrar sus mercedes?

—No, los tomaremos en este banco, bajo los árboles que rodean tu *jacal*, porque oigo voces de algunos que están adentro.

—Sí, son unos que mandaron calentar una merienda, y que se han quedado á comerla.

El indio entró por los tamales, la anciana y la joven se sentaron junto á la choza de aquel, y poco despues merendaban tranquilamente, gozando de la agradable perspectiva que se descorria á su vista.

De repente, las palabras de los hombres que dentro hablaban, y que salian claras á donde la madre y la hija estaban, llamaron la atencion de la segunda.

—¿Qué escuchas, Juana?

Juana llevó el dedo índice á los labios.

—¡Silencio, por Dios....!

Contestó, dejando de comer, y aplicando el oido á la débil pared de la choza, procurando no perder ni una sola de las sílabas que dentro se pronunciaban.

La anciana, viendo la actitud de su hija,

dejó sobre el banco los tamales, y se acercó también á escuchar lo que pasaba.

Juana volvió á llevar el dedo índice á los labios, indicándole que no hablase.

Las voces de los que dentro estaban, cesaron de pronto.

A los pocos instantes se percibió el ruido que hace al caer el licor sobre los vasos.

La anciana se acercó á Juana cuanto pudo, y le dijo, casi pegando sus labios al oído de ésta.

—¿Qué escuchas?

—Oí, hace un instante, pronunciar el nombre de una persona que aprecio.

—¿Cuál?

—El de D. Enrique.

—¿El del hermano de tu señorita?

—Del mismo. Pero silencio, que ya vuelven á hablar.

Y las dos, cual si fuesen estatuas de relieve adheridas á la pared, se pusieron á escuchar, sin moverse, casi sin respirar.

El choque de los vasos se oyó dentro.

—Brindemos—dijo uno de los que me-

rendaban—por la libertad de mi compadre Pedro.

—Gracias.

Contestó éste.

—Y por la de Enrique, á quien se la debe.

Añadió el del chirlo, á juzgar por el acento que le recordó á Juana, el hombre que la importunó con sus requiebros en el embarcadero.

Un puñetazo dado sobre la mesa con fuerza y enojo, contestó á aquel brándis.

—¡Su muerte, no su vida es la que yo deseo!

Exclamó Pedro exaltado por el recuerdo que despertaba en su alma aquel nombre.

Un silencio sepulcral sucedió á las palabras de Pedro; Juana tembló por la vida de Enrique, y la anciana palideció.

Un murmullo sordo como el que sucede siempre al silencio que produce el asombro, se oyó entre los concurrentes.

—¿Pues no es él quien ha trabajado en este asunto?

—No—contestó Pedro—Enrique es un

malvado, un hipócrita: á quien todo se lo debo es á Rossi.

—¡Al sardo!

—¡A ese oficial italiano?....

—Al mismo. Nadie, pues, que no quiera *pelear* conmigo, pronuncie delante de mí el nombre de Enrique, de ese hombre que juro probará pronto mi enojo.

Juana no quiso escuchar mas: habia oido lo bastante; esto es, que habia un hombre que proyectaba vengarse de Enrique, y se propuso avisarle del peligro que corria.

—Marchemos, madre—dijo con la mayor inquietud:—no conozco á estos hombres, ni sé la ofensa que puede haberles hecho el hermano de mi señorita; pero es preciso avisarle del peligro que le amenaza.

—Sí, marchemos antes de que ellos se embarquen.

Juana llamó al indio, le pagó el importe de lo que habian tomado, y se dispuso á marchar.

Varias voces dadas en el interior de la choza, volvieron á inquietarla.

—Puesto que hemos merendado—decia uno—salgamos á bailar un *Aforrado*.

—Vamos allá.

Gritaron todos.

—Huyamos.

Dijo Juana queriendo echar á correr, pero tuvo que detenerse, porque á la anciana le pesaba cada pierna treinta años, que equivalen á dos arrobas de plomo.

En aquel momento salió de la choza el compadre de Pedro, seguido de sus camaradas.

—Valedores—exclamó el del chirlo al ver á Juana—aquí tenemos á la que *endantes* se me mostró *polinaria*.

Y se dirigió á ella, impidiéndola marcharse.

—¿Tiene vd. ganas de divertirse?

Dijo Juana con marcado enojo, y procurando alejarse.

—No se va vd. hasta no darme un abrazo en desagravio del desaire que me hizo en el embarcadero.

—¿Quiere vd. dejarnos en paz, so *lépero*?

Exclamó furiosa la vieja, viendo la terquedad de aquel hombre.

—Sí, pero despues que me dé un abrazo, y apretado.

—¡Dios mio!.... ¡y tener que marchar...!

Dijo Juana casi llorando, al verse detenida y sin poder avisar á Enrique del peligro en que estaba.

Pedro que, desde la conversacion con Rossi, estaba dominado por una idea, llamó aparte á su compadre, mientras los otros se entretenian con la jóven, y le dijo:

—Compadre, tengo que arreglar en casa algo para el baile de esta noche, y me retiro; diviértete con los amigos, y á las ocho dirijios á mi casa.

—¿Quéres que te acompañe?

—No, gracias. Hasta luego.

—Hasta la noche, compadre.

Y Pedro se dirigió hácia el sitio del embarque, preocupado siempre por la idea de Enrique y Pilar.

—Ella se ha quedado—dijo interiormente, y fué el pensamiento que le dominó toda la tarde—porque esperaba á Enrique:

porque mi presencia era un obstáculo para hablarse con la libertad de que eran dueños al verme preso. ¡Ah! pronto lo sabré: ella no me espera todavía.... y si es cierto, como recelo, que están juntos....

Y Pedro se mordió los labios sin concluir la frase.

Entretanto, Juana pugnaba por librarse de su obstinado perseguidor, que la tenia agarrada del rebozo, para que no se fuera por no perder éste.

La anciana, viéndose detenida, le llenaba de insultos que excitaban la risa de los otros.

—Vamos, valedor—dijo el compadre de Pedro—dejémoslas que se vayan adonde *queran*, y nosotros marchemos á buscar algunas *garbanceritas* (1) guapas, con quienes bailar y platicar.

—Dices bien—contestó el del chirlo—que esta tiene humos de *catrina*.

Juana, al verse libre de aquellos importunos, apresuró el paso todo cuanto le permitia la marcha de su anciana madre.

[1] Nombre que dan á las criadas de servicio.

Diez minutos despues, penetraban en una canoa que estaba dispuesta á salir.

Miguel habia entrado en otra, que tambien estaba próxima á marchar.

Por fin partieron las canoas.

Juana llevaba la idea de salvar á Enrique.

Pedro la de sorprenderle, y tal vez matarle.

El ruido de la música, el murmullo de la gente, y los gritos de los vendedores que en Santa-Anita quedaban, iba á unirse al de los remos y á las canciones de los que volvian á México, ceñidas las frentes de coronas de flores, y á los picantes dichos de los *léperos*.

—Valedores—dijo el del chirlo al ver á Juana desaparecer entre las canoas:—me ha ocurrido una *ocurrencia*.

—¿Cuál?

Preguntó D. Dolores.

—Que *vaigamos* á *Ixtacalco*, porque *deviso* que para allá ha ido el mejor *garbanzo* (1).

—Como *queran*; yo soy materia *indispuesta* á todo.

[1] Muchachas bonitas de servicio.

Contestó D. Dolores.

—Y nosotros.

Añadieron los demas.

—Pues en marcha, y *jijo* del diablo el que se *llame* (1).

Y sin detenerse un instante entraron en una de tantas canoas que iban para el indicado sitio.

Sigámosles tambien nosotros en la que yo he tomado por entero para mis lectores, y acabemos de conocer esa cadena de preciosos pueblos tendidos á la orilla del estrecho canal, y que recorrí por la última vez enternecido, pocos dias antes de ponerme en camino para mi patria, España.

Aun no acabo de mostrar á los que me acompañan el risueño y variado paisaje que nos rodea, cuando se presenta á nuestros ojos un pintoresco pueblecillo lleno de vida y de frondosos árboles, tendido sobre las aguas de la apacible laguna, como una blanca gaviota durmiendo sobre las apacibles ondas de un rio.

Este pueblo es *Ixtacalco*, en donde esta-

[1] El que se retracte.

vo desterrado D. Antonio, y que, como dijimos entonces, viene de las palabras *Ixtla calli*, que en mexicano significa *casa blanca*.

Examinémosle detenidamente. Ningun cambio se nota en él que haya alterado sustancialmente su indigena fisonomía: chozas, embarcaciones, agricultura, modo de vivir, todo es igual al que encontraron los soldados de Hernan Cortés. ¡Cuántos recuerdos despiertan en el observador esas chinampas que en número de cuatro mil embellecen ese delicioso vergel, agradable morada de sus sencillos habitantes! Al verlas vestidas de variadas flores, verdura y exquisitas legumbres, y regadas por estrechos y multiplicados canales, sobre cuya trasparente superficie se deslizan rápidamente las ligeras chalupas que obedecen al remo del inofensivo indio, se cree el viajero trasportado á los siglos en que aun la huella del europeo no habia quedado señalada en aquellas apartadas regiones.

Aquí, lo mismo que en Santa-Anita, reina la animacion y la alegría: la gente de México desembarca; recorre las chinampas

en ligeras chalupas, baila, merienda; se entretiene en columpiarse, y torna á la capital, coronada de flores y cantando el *Butaquito*, el *Artillero*, el *Palomo*, y otra porcion de canciones populares.

Pero volvamos tambien nosotros, dejando á D. Dolores, al del chirlo y sus compañeros entregados al placer; y en tanto que unos liban el blanco jugo extraido del vistoso *maguey*, otros riñen, y el resto canta, grita y danza, me ocuparé yo en dar á conocer las poblaciones que se extienden á lo largo del pintoresco lago que, cual una cinta de oro y plata, brilla herido por los resplandecientes rayos del sol.

Poco mas allá de Ixtacalco, y siguiendo siempre la orilla del canal, se encuentran San Juanico, San Andrés, Mexicalcingo, Ixtapalapam, célebre en tiempo de la conquista por sus admirables jardines, por su numerosa poblacion, que pasaba de cincuenta mil almas, y por haber sido la residencia del príncipe Cuitlahua, hermano del emperador Moctezuma.

A esta poblacion de históricos recuerdos,

sigue Xochimilco, que significa *campo de las flores*, que bien merece llevar este nombre por estar cercado por todas partes de floríferas chinampas cubiertas de perfumadas rosas y delicadas flores, en cuyos lucientes cálices; liban, agitando sus tornasoladas alas, los inquietos y diminutos colibrís ó *chupa-mirtos*, como vulgarmente los llaman, que remedan otras tantas flores, que se elevan y descenden de uno en otro rosal, aumentando los encantos del paisaje.

o Pero muchos de los que me acompañan en la descripción de este paseo, habrán notado, con sorpresa, que la gente de fina educación se queda en el sitio en que pasean los cochés, y que solo se embarca la gente del bajo pueblo, la artesana, la sirviente, y alguno que otro curioso como el autor de esta historia, que gusta de conocer por sí mismo las costumbres de todas las clases de la sociedad.

Eso consiste en que las personas de alguna suposición temen que haya desórdenes entre la multitud que concurre á Santa-Anita, y solo asisten á este pueblecillo los

días de trabajo en que la clase pobre está entregada á sus faenas. Pero entre semana se ve con frecuencia á las familias bien educadas concurrir á Santa-Anita á celebrar sus días de campo, llevando en grandes canastas las provisiones de boca que deben consumirse.

Ya una familia cuyos individuos quieren separarse de lo que se llama comer *al estilo del país*, va provista de fiambres, carnes prensadas, salchichas, sardinas en lata, vino de Burdeos, Champaña, cerveza, &c., á la vez que en otra canoa navegan otras personas que gustan comer al uso de México, llevando en inmensas cazuelas el *mole de guajolote*, (1) los *frijoles gordos*, las picantes *enchiladas*; (2) en grandes jarras y botellas el pulque natural y el compuesto de piña ó de naranja, sin olvidar á los músicos, que no cesan de tocar en toda la navegación

[1] Como al describir Chapultepec, hablé de esta clase de comidas, omito repetir la explicación.

[2] Masa de maíz redonda como una ancha oblea, encima de la cual echan una salsa de pimienta que llaman *chile*, y que guisan cuidadosamente.

graciosos y alegres vales que sirven para aumentar el natural regocijo que en el corazón de los viajeros reina.

Con frecuencia se ve también que algunas familias pretenden ir á Santa-Anita por la tarde; y entonces, en vez de la comida de que hemos hablado, suelen llevar, para merendar en medio del campo, delicados *tamales* y *atole* (1) de leche, que es sin duda una de las cosas más nacionales y sabrosas que se pueden apetecer á esa hora.

En semejantes días todo es animación y dicha. Por un lado las agradables y pintorescas chinampas cubiertas de lucientes flores, cuyos penachos oscilan suavemente al tenue halago de una aura húmeda y embalsamada: por otro los pintados pájaros de brillante plumaje, cuyos colores encantan la vista: más allá las rápidas chalupas en que los indios conducen las flores que de cortar acaban, para hacer coronas á las señoras: en otro punto las multiplicadas y rústicas chozas de los indios, semi-ocultas en el espeso ramaje de las verdes enrama-

[1] Líquido hecho de maíz, leche y azúcar.

das, como otros tantos ciervos que descansan tranquilos en medio de los bosques; y por último, los dulces acordes de la música cuyas notas van á espirar en el inmenso espacio, y el suave movimiento de las hermosas jóvenes que bailan ó se columpian, adornadas todas con coronas de olorosas flores; todo esto, repito, forma un conjunto encantador que hace del paseo de la Viga y Santa-Anita un sitio delicioso, un oasis, un pintoresco panorama, cuya alta belleza no le es dado á mi tosca pluma encarecer debidamente.

Pero entretanto que nosotros nos hemos ocupado en la descripción de aquel sitio interesante, la canoa en que iba Pedro caminaba rápidamente hácia la Viga, confundida entre millares que subían y bajaban á Santa-Anita.

Pedro marchaba de pié, en un extremo de la canoa, entregado á sus sangrientos y vengativos proyectos.

En el centro bailaban cuatro parejas: un aguador con una tortillera coronada de amapolas; un soldado manco con una mu-

jer desgreñada, sucia y vieja, coronada también de flores: un ranchero de lujosa chaqueta, adornada con alamares de plata, sombrero de galon de oro y faja de seda bordada, con una criadita de servicio; y un lépero mal encarado, echado el sombrero hacia atrás y colocada la manta sobre el hombro, con una china de enaguas cortas y diminuto pié, que se llevaba tras sí las miradas de la concurrencia, excepto las de Pedro que, como hemos dicho, se hallaba entregado á sus ideas de exterminio.

—Un verso de los *güenos*, señor del bandolon.

Dijo el lépero, dirigiéndose á uno de los músicos.

—Allá va, D. *Soledad*.

Y los que pulsaban los instrumentos, cantaron esta cuarteta.

El marido que al amante

De su mujer no le *raja* (1),

No es hombre, sino *de al tiro* (2)

Una señora con barbas.

[1] Mata y señala con el puñal.

[2] Completamente.

Pedro se estremeció al escuchar aquel verso.

Le pareció que estaba escrito expreso para él, y sintió que la sangre del corazón se le subía al rostro.

Dirigió una mirada siniestra y escudriñadora á los músicos, para ver si aludía á su persona; pero al ver que nadie se cuidaba de él, se convenció de la ninguna intencion con que habia sido cantado.

Sin embargo, el efecto que habia causado en su pecho aquella cuarteta, era terrible.

La sed de venganza dominó todo entero su corazón, y la palabra *muerte*, se asomó á sus labios.

Entretanto, los músicos tocaban y seguían cantando.

Los pasajeros bailaban con entusiasmo ardiente.

La noche avanzaba oscura como las desdichas.

Y la concurrencia de canoas hacia imposible la marcha tan rápida como lo deseaba el exaltado esposo de Pilar.

Casi á un mismo tiempo llegaron á la Viga las canoas en que iban Pedro y Juana.

Aquel escogió para saltar á tierra, el embarcadero.

Juana mandó á su remero, que avanzara hasta el Puente de la Leña.

La noche habia cerrado completamente: el cielo estaba negro como un terciopelo.

Pocos instantes despues, Pedro, embozado hasta los ojos en su manta, atravesaba la plazuela de San Pablo, con direccion á su casa, diciendo interiormente.

—Si están juntos, morirán.

Y se perdió entre las calles como el gé-
nio del mal entre los pliegues del manto de la noche.

—¡Es preciso avisarle del peligro que corre su vida!

Exclamaba Juana desembarcando en el Puente de la Leña, y dirijiéndose, acompañada de su madre, á la casa de Enrique.

CAPITULO XXIII.

Fluctuar entre dudas.

Dejemos á Juana y Pedro, dirijiéndose, aquella á la casa de Enrique, y el segundo á la suya con objeto de sorprenderle, y retrocedamos á los momentos en que María y Matilde, inquietas por la suerte de Miguel, habian comprado el impreso en que se leian los nombres de los oficiales heridos y muertos en la accion perdida por Armijo.

María cogió el papel temblando, y lo abrió.

Matilde fijó los ojos en el semblante de su querida hermana, para leer en él la noticia exacta que sin duda se revelaria en sus facciones.